

Gabriela Mistral (1889-1957)

Francisco Dussuel S. J.

¡GABRIELA MISTRAL HA MUERTO!

Lejos de su "tierra chilena", no importa dónde, de esa tierra "que es más suave que rosas y miel" de esa tierra

"más verde de huertos
la tierra más rubia de mies,
la tierra más roja de viñas
¡qué dulce que roza los pies!"

lejos de su primavera "que va loca de soles y loca de trinos"; lejos de los hombres de este suelo, que como el negro segador va besando en la frente por "el viento de Dios"; lejos del mar que "danza con mil olas haciendo una trenza de azahar; lejos de la margarita blanca" que se levanta y se inclina, que se desata y se anuda y que es ronda en la colina; lejos de la humilde como ella, que abre el surco para que germinen las almas; lejos del pueblo de Chile que la aclamó en 1954 como los griegos a sus poetas nacionales; lejos, entregó su espíritu al Creador, a quien en la vida llamó Padre:

"Te llamaré
Padre, porque
la palabra me sabe a más amor".

En estos momentos de recuerdo y pesar en los que Chile entero "ha hecho silencio en torno de ella" como quería Pedro Prado, la Universidad del Norte se asocia al pesar de la Patria y en comunión de almas invita a este recuerdo de admiración y afecto.

Gabriela Mistral no se ha ido. Vivió entrelazada con su pueblo. El niño canta sus Rondas y las madres chilenas arrullan con sus Canciones de Cuna.

Rabindranat Tagore, profundo y delicado, expresó poéticamente una verdad que llevamos todos en el alma: "Dos cosas nos restan aún del Paraíso: las flores y el mirar cristalino de los ojos infantiles".

N. de la R.—Conferencia dictada en la Municipalidad de Antofagasta con ocasión de su fallecimiento. La Universidad del Norte evocó la figura de nuestra máxima poetisa y encomendó al P. Dussuel, uno de los profesores de los Cursos de Verano, hacer el homenaje póstumo.

LOS NIÑOS

He aquí uno de los grandes amores de Gabriela Mistral. Desde pequeña depositó en ellos su más puro afecto. A los 16 años balbuceó con ellos las primeras letras en escuela de La Cantera. Allí abrió horizontes, rió y se identificó con sus pesares.

Para ellos cantó en las "Canciones de Cuna" con finura exquisita de alma; para las de la Patria; para ellos escribió sus "Infantiles" en los que recuerda la bondad de sus almas puras y cristalinas, a las que Dios ofrece lo mejor de la tierra:

"Manitas de los niños
que hacia el árbol se tienden
por vosotros
los frutos se encienden.
Y los panales llenos
se vierten y se hienden.
¡Y los hombres que pasan
no entienden!"

("Manitas").

Ellos constituyen un "predio que es predio de Jesús" y al igual que el Divino Maestro los guarda en su regazo, pidiendo que no se les hiera ni con el pétalo de una rosa.

En el "Colofón con cara de excusa" nos dice: "Continúo viviendo a la caza de la lengua infantil, la persigo desde mi destierro del idioma, que dura ya veinte años. Lejos del solar español, a mil leguas de él, continúa escudriñando el misterio cristalino y profundo de la expresión infantil...

Mientras más oigo a los niños, más protesto en contra mía, con una conciencia apurada y hasta un poco febril... El amor balbuciente, el que tartamudea suele ser el amor que más ama. A él se parece el amor que yo he dado a los chiquitos".

Ella también conoce lo que le espera a ese niño juguetero que pasa junto al fango sin enlodarse, junto al criminal sin ensangrentarse. Desearía que la vida se detuviese, que su mirada fuese siempre cristalina:

Dios mío, páralo
Que ya no crezca.
Los cinco veranos
que tiene, tenga.
Así como está
baila y galanea.
En talla de una vara
caben sus fiestas
todas sus Pascuas
y Noche Buenas.

Con intuición admirable ha auscultado el deseo irresistible de todas las madres que sienten cómo sus hijos se alejan a medida que la vida sigue su devenir irrefrenable.

Para ellos escribió la poetisa su "Prosa Escolar" en la que a través de hermosas y delicadas narraciones pone al alcance de los niños verdades

sublimes. Lllaman poderosamente la atención las tituladas: "Por qué las rosas tienen espinas" y sobre "El Cardo", en la que Gabriela Mistral vuelca su finura de alma:

"Una vez un lirio de jardín (de jardín de rico) preguntaba a las demás flores por Cristo. Todas le contestaron negativamente: La rosa de Sarón de viva púrpura, el jazmín menudo y fragante, la camelia fría e impasible. La violeta replicó al lirio, que era el más interesado por conocerlo: Uno de nosotros hay que sin duda lo ha visto; es nuestro pobre hermano el cardo. Y así era en verdad.

Dí, cardo ¿cómo son sus ojos? El cardo abrió en otra planta una flor azul. ¿Cómo es su pecho? El cardo abrió una flor roja. ¿Y qué lleva en las sienes por guirnalda, cuando es la primavera? El cardo elevó sus espinas.

Es una horrible guirnalda, dijo la camelia.

Y ¿ama Cristo? Así ama Cristo, dijo el cardo, echando a volar las plumillas de su corola muerta, hacia todos los vientos...

Para mirarlo pasar, para recibir su mirada, haceos cardos del camino...

"Como los príncipes y las mujeres mundanas que rehusaron seguirle por las llanuras quemadas" así los soberbios no verán a Dios.

HIJO Y MADRE

He aquí, el binomio eterno de la vida que Gabriela Mistral recoge en sus poemas para inyectar insospechada belleza.

Creemos que este nuevo valor poético tiene cuatro tópicos diferentes; ante todo SU MADRE, a la que dedicó los sentidos poemas en los que la recuerda y por quien pide al cielo:

"Reciba a mi madre, Cristo
dueño de ruta y de tránsito...
Llévela al cielo de madres,
donde las madres arrullan
a sus hijos recobrados
o apresuran con su silbo
a los que gimiendo vamos".

Corre también por su arte lírico, una linfa oculta, existe un leit motiv persistente, que es a veces melodía y no pocas veces clamor desgarrador. Federico Onís expresa así esta idea: "Ha llenado ese vacío interior con sus preocupaciones por la educación de los niños, la redención de los humildes y el destino de los pueblos hispánicos. Todo esto en ella no es más que otro modo de expresión del sentimiento cardinal de su poesía: su ansia insatisfecha de maternidad, que es a la vez instinto femenino y anhelo religioso de eternidad".

Dos matices más encarna su inspiración: la expresión de la madre que sienta en sus rodillas al "vellocinto de carne —tejido en las entrañas" y la realidad triste de la "madre pobre" que aun en la miseria o en la burla de transeúntes cruel, cumple con "la santidad de este estado doloroso y divino" como lo expresa en Nota a "Poemas de la Madre más triste".

"Poemas de las Madres" deben ser meditados. En estos diecisiete pequeños grandes poemas se entrelazan el Creador y su creatura, que realizan la sublime misión de transmitir la vida. Algunos espíritus rastreros han

creído ver en ellos más bien el proceso biológico que el destello luminoso de la maternidad. Es verdad que hay aquí una plasmación vitalista de pujante realidad, pero también es cierto que Gabriela Mistral nos sorprende cuando dice:

"Y te llamo ahora Dulzura Infinita, a Ti, Señor,
para que lo desprendas blandamente.
Nazca ya y mi grito de dolor suba en el amanecer,
trenzado con el canto de los pájaros".

HIJO Y MADRE son la fuente de inspiración de sus Canciones de Cuna. Ternura, vida que palpita, almas que se buscan, sueños que se realizan, corazones que laten en comunión de armonía y de pronto una visión cósmica divina en la que se entrelazan Madre, Hijo y Creador:

"Duérmete mi niño
duérmete sonriendo
que es la ronda de astros
que te va meciendo.
Duérmete mi niño
duérmete sonriendo
que es Dios en la sombra
quien te va meciendo".

Esta persistente ascensión religiosa es en la poesía de Gabriela Mistral un hilo conductor, que ilumina y embellece a cada paso su concepción estética. Al igual que los grandes poetas de la humanidad, no comprende un Universo sin Dios, porque faltaría algo esencial a este "sueño divino" que es la Creación; faltaría el Amor. El poeta no se detiene principalmente en el poder de Dios. Para él la Naturaleza en su expresión total, esto es, el cosmos, significa por sobre todas las cosas un acto de amor. El hijo, el verso, el cuadro, la melodía nacen a impulsos del corazón. Por eso pide a Dios que "cuando esté con El, no le dé el ala de un ángel para refrescar la magulladura de su corazón. "Extienda —dice— sobre el azul, las cabelleras de los niños que amé". (Los cabellos de los niños —Desolación").

SU MENSAJE POETICO SE DIRIGE TAMBIEN A LA MAESTRA

Las maestras de Chile saben que Gabriela Mistral les dejó su testamento. Muchas de ellas habrán meditado "La Oración de la Maestra" y habrán sentido vigorizados sus espíritus al comprender el íntimo significado de su misión, la más trascendental para un pueblo, cual es la lenta plasmación de las almas.

Gabriela Mistral afronta con valentía el dilema: ser o no ser. Es la prolongación de la maternidad, pero se necesita "ser más madre que las madres" (son sus palabras) "para poder amar y defender como ellas lo que no es carne de mis carnes".

Esta oración es todo un programa de acción, vivido y realizado sin reticencias a través de su peregrinaje apostólico. Esta Ciudad DEL NORTE BRAVO, percibió también los latidos de ese corazón de maestra, que en Cristo, el Maestro por excelencia, tuvo su modelo ejemplar.

Implora comprensión; pide la fortaleza del espíritu para las luchas cotidianas de la vida. Sabe que los instintos bajos hozan como fieras y conoce

también la cruel realidad de la virtud. Por eso le dice: "sea casta y más quemante su verdad", aunque se quede sin "los mundanos", es decir, aunque sienta el abandono de los que desprecian los valores del espíritu.

Tiene un modelo ante sus ojos y en El sólo ha de clavar la mirada: "Yo no buscaré sino en tu mirada la dulzura de tus aprobaciones".

Como complemento de este aspecto recordemos también que Gabriela Mistral lleva grabada con fuego en su alma de maestra, la "doble práctica de amor" que encierra la docencia: "amor a quienes se enseña y amor por lo que se enseña".

Norberto Pinilla reproduce en su biografía de Gabriela Mistral, las máximas que dejó como tesoro al fundarse el Liceo de Niñas N° 6 de Santiago, del que fuera la primera Directora. Admira ciertamente en este excelso poeta su visión realista de la vida, la alta estima de su vocación y el penetrante conocimiento de la psicología humana.

1.—"Todo para la escuela; muy poco para nosotras mismas".

2.—"Enseña siempre, en el patio y en la calle como en la sala de clase. Enseñar con la actitud, el gesto y la palabra".

8.—"La enseñanza de los niños es tal vez la forma más alta de buscar a Dios; pero es también la más terrible en el sentido de tremenda responsabilidad".

16.—"El buen sembrador siembra cantando".

Y en "La Maestra Rural" les recuerda que son portadoras de un mensaje divino, porque su actividad se desarrolla en un predio "que es predio de Jesús". Por eso la maestra "debe conservar puros los ojos y las manos, guardar claros los óleos, para dar clara luz".

EL AMOR DEL SUICIDA

Una de las partes más dramáticas de Desolación se titula "Dolor".

Allí está concentrada la tragedia, que le abriera una herida en el oscuro noviembre de 1909.

En todos estos poemas está vibrando el amor, que se inicia en "El encuentro"; cobra fuerza irresistible en "Amo amor"; luego se dirige angustiada hacia el cielo; siente la quemante tenaza de los celos; cae oprimida en "Tribulación" en donde sus ayes de dolor se clavan en la altura como saetas encendidas implorando:

"En esta hora, amarga como sorbo de mares
Tú sostenme, Señor.

En "Nocturno" se acentúa el clamor doloroso y desea la muerte.

Los "Sonetos de la Muerte", que le abrieron la puerta de la fama, encarnan ese torbellino que se agita estrepitoso en su espíritu. El golpe fue rudo y cruel, y en "Interrogaciones" la vemos extática casi impasible. No llora porque el dolor es excesivo. Pocas poesías han brotado con más sinceridad e impregnadas de tan hondo contenido humano.

“¿Cómo quedan, Señor, durmiendo los suicidas?
¿Un cuajo entre la boca, las dos sienes vaciadas,
la luna de los ojos albas y engrandecidas
hacia un ancla invisible las manos orientadas?”

En “Espera Inútil” persiste la incredulidad de lo acaecido, y “Obsesión” sintetiza el drama de este proceso sentimental que va llegando a su cúspide. La idea obsesionante la taladra, la aprisiona y la arrastra, hasta llegar a exclamar en “Coplas”:

“Todo adquiere en mi boca
un sabor persistente de lágrimas:
el manjar cotidiano, la trova
y hasta la plegaria”.

Existe en toda esta parte una riqueza tal de matices que debe procederse con la lentitud para desentrañar la complicada madeja de esta alma plurifacetal. A simple vista podría creerse que nos hallamos frente a una evolución alógica, y sin embargo, el punto central al que confluyen todos los elementos, a simple vista dispersos, es el corazón, que como muy bien dice Pascal: “tiene razones que la razón no entiende”.

Ha juzgado, llorado y recriminado a su amado. En “Volverlo a ver” siente la opresión de la nostalgia, pero el pesimismo la aniquila en “El Surtidor”, pues ella es un “surtidor enmudecido”. Y la desgarradura interior palpita y se advierte en el “Poema del hijo”, ansiosa de haberlo tenido, pero: “La cara de mi madre ya no irá por el mundo”. “Serenidad y Palabras Serenas” cierran este calvario y en sus estrofas trémulas renace la esperanza como un tímido sol después de la tormenta.

SU AMOR A CHILE

Incompleta quedaría esta vocación de nuestra máxima poetisa, si no esbozáramos aunque sea sólo en breve síntesis su amor por Chile.

Es verdad que sus cantos son universales y que sus clamores adoloridos hallan eco en los corazones humanos. Sus primeras palabras después de dieciséis años de ausencia, fueron la expresión pura de la contenida nostalgia y el deseo ardiente de estrechar en un fuerte abrazo a la Patria. Volvió en 1954 ávida de emociones de campos chilenos, “feraces en hombres y frutos”, de cordilleras nevadas, de arideces de pampas, de rojos y blancos copihues, de lagos y tierras polares. Nos dijo que junto a su corazón traía un poema vibrante, que deseaba gestar en el hogar paterno. Sería su “Canto a Chile”, su “Recado a Chile”, en el que la naturaleza de la Patria estaría viva y contemplada con amor.

La prensa nos ha dicho que la medalla del Premio Nóbel la dejó en testamento a este “largo balcón entre lo Infinito y lo infranqueable... a esta larga faja de tierra terminada en una especie de bucle armonioso”, como dijera tan poéticamente Paul Claudel, cuando en 1949 escribiera su “Recuerdo a mis amigos de Chile”, al ser puesta en escena en Santiago su inmortal obra “L’Annonce faite a Marie”. Pero nos legó también otro testamento mucho más apreciable, porque es parte de su alma, o mejor dicho, su alma: ese testamento, lo constituyen sus poemas, verdaderos surtidores de arrobadoras imágenes.

¿Quién no conoce “La Plegaria del Nido”, estampa de exquisita sensibilidad?

"Florece en su plumilla el trino;
ensaya en su almohadilla el vuelo.
¡Y el canto dices que es divino
y el ala cosa de los cielos".

Aquí aprendió a amar "La Primavera", "que va loca de soles y loca de trinos"; aquí vió la Encina cuya "Vida tumultuosa golpea en su cordaje"; aquí contempló la nieve "que cae dulce, pura y bella" y "quién si nos trae un mensaje a los hombres, de parte del Señor"; aquí intuyó sus sueños poéticos del mar, que golpea y acaricia nuestras playas y "que danza con mil olas, haciendo una trenza de azahar; aquí se abrió el cauce de su torrente lírico, que en "El Espino" halla un símil expresivo para su tormento interior:

"El Espino prende a una roca
su enloquecida contorsión
y es el espíritu del yermo
retorcido de angustia y de sol".

aquí vivió, sufrió y amó, dejándonos en cada verso un hallazgo saturado de emoción y de vida:

"El viento hace a mi casa su ronda de sollozos
miro crecer la niebla como el agonizante...
miro el llano extasiado y recojo su duelo..."

Chile entero con sus niños, madres y maestras, con su inmenso océano, con sus flores y cordilleras nevadas, con sus pampas calcinadas, con sus ríos temblorosos que corren hacia el mar o se pierden en la aridez del desierto, el Chile Azul, blanco y rojo, que hoy está de luto, se ocultaba en los repliegues más íntimos de su alma para nacer transfigurado en su éxtasis de belleza y amor.

EL SENTIDO RELIGIOSO

Séame permitido, antes de terminar, evocar con emoción una carta escrita desde Nápoles el 1º de octubre de 1952, por Gabriela Mistral al autor de estas líneas. Siento no tenerla completa para poder sentir más de cerca las intimidades de este poeta, que nos entregó lo más noble que tenía su arte. En una de sus partes dice así:

"Padre:

Yo tuve Biblia desde los 16 años; una abuela paterna me leía los salmos de David y ellos se apegaron a mí para siempre, con su doble poder de la idea y del lirismo maravilloso. (Tengo a mi padre David, por el primer poeta del mundo). Después de esto vinieron las frecuentaciones de las místicas occidentales. La selección de oraciones con las cuales rezo, tienen mucho Antiguo Testamento, pero el Nuevo me lo sé, creo que bastante bien. ¡Mi devoción frecuente después de la de Nuestro Señor Jesucristo, es la de los Angeles!"

Llama la atención ciertamente el sentido religioso de Gabriela Mistral, que algunos de nuestros críticos enraizan en el panteísmo.

Disentimos absolutamente con ellos, pues a través de "Desolación" (1922), "Tala" (1946) y "Lagar" (1954) la Divinidad aparece absolutamente distinta de como la concibe la fría especulación metafísica o la emanación panteísta.

En ninguna parte de su obra hallamos la absorción de la persona humana por la esencia divina; en cambio, está la afirmación clara y repetida de la existencia del Eterno como Juez, ante el cual hemos de dar cuenta de nuestros actos:

“Tú me vas a juzgar” exclama y pide a Dios, que en los momentos finales, le dé una morada dentro de El.

Tras el vivir
dame el dormir
con los que aquí anudaste a mi querer.
De tu arrullar
hondo el soñar.
¡Hogar dentro de Ti nos has de dar!

La afirmación repetida de Dios Creador no se compadece con las doctrinas de la emanación panteísta, ya que concibe las cosas como salidas del poder creador y es frecuente hallar expresiones como “Dios creó”, que abundan en las notas que acompañan a “Tala”.

Frente al Destino ciego que propician algunos, Gabriela Mistral cree en el Dios Providente, que gobierna al mundo con amor y cuyos secretos designios permanecen ocultos a los mortales. Con resignación cristiana acepta esas incógnitas, que se despejarán en “el cielo, en donde Dios da bellas visiones” (Tala, Notas).

Federico Onís dijo de ella que posee “un alma tremendamente apasionada, grande en todo” y “que ha vaciado en unas cuantas poesías el dolor de su desolación interior”. Sin embargo, aun en medio de la tribulación que la atormenta su alma se dirige al cielo en un acto de filial entrega:

“Dios no quiere que tú tengas
sol si conmigo no marchas;
Dios no quiere que tú bebas
si yo no tiemblo en tu agua;
no consiente que tú duermas
sino en mi trenza ahuecada”.

Y en la poesía “Meciendo” entrelaza con verdadera visión de artista dos hechos entre sí inconexos, pero que su sentido religioso lo percibe para embellecer más aún su poema: la cuna de un niño y los mundos siderales. Aplicar aquí el sentido cósmico podría parecer a más de alguno un atrevimiento. Sin embargo este maridaje de ternura y grandiosidad, hacen de este poema una de sus joyas líricas:

Dios Padre sus miles de mundos
mece sin ruido
Sintiendo su mano en la sombra
mezo a mi niño.

Duérmete mi niño
duérmete sonriendo
que es la tierra amante
quien te va meciedo.

Duérmete mi niño
duérmete sonriendo
que es Dios en la sombra
quien te va meciedo.

Estos contrastes tan magníficos los bebió en la lírica hebrea. Ya oímos lo que piensa de David. Pues bien, en "Desolación" aparece también su predilección por la Biblia:

"Biblia, mi noble Biblia, panorama estupendo
en donde se quedaron mis ojos largamente..."

Para finalizar su concepción de la divinidad, que hemos brevemente esbozado, permítasenos recordar en esta tarde de emociones, un rasgo más que la emparenta con el más auténtico cristianismo. Dios para Gabriela Mistral es PADRE. En "Hablando al Padre" palpita de cerca el alma que vibra en un arranque de amor. Este trozo es una especie de síntesis: creencia en El, confianza ardiente y acción de gracias, esperanza que suaviza las aristas de la vida, traducido todo esto en sublimes metáforas, con calor de vida, con belleza y fe.

"Te llamaré
Padre, porque
la palabra me sabe a más amor".

En el trozo de la carta que hemos oído, está claramente expuesta su devoción por Cristo, nuevo elemento que nos permite negar de plano su pretendida concepción panteísta de la divinidad. Estamos haciendo un análisis objetivo de su mensaje poético y en él "Cristo el de las carnes en gajos abiertas" constituye no sólo un motivo de inspiración. Hay mucho más. Para ella Cristo en cruz no es el hombre muerto de que nos habla Renán, después de haber realizado su obra de gigante, entregando al mundo un mensaje "limpio y transparente como una estrella". Los tres sonetos que comprende "Al oído de Cristo" rompen el molde de una mera contemplación sentimental y poseen el calor de una íntima confidencia, porque:

"estas pobres gentes del siglo están muertas
de una laxitud, de un miedo, de un frío".

Lo que más nos llama la atención en su obra relacionada con el Redentor es el ansia de identificarse con El. Casi estamos tentados de decir, que hay una exigencia vital tan honda, que por momentos la poetisa se acerca a la expresión mística. Basta leer el "Canto de Justo"; el "Nocturno del Descendimiento"

"acaba de llegar Cristo a mis brazos,
peso divino, dolor que me entregan..."

Para Gabriela Mistral Cristo es el Dios hecho Hombre, que sacia las tendencias de su alma privilegiada y que le despeja las inquietantes incógnitas, que todos llevamos enclavadas en lo más profundo de nuestro ser. En arranque místico, lo siente tan cerca de sí que lo llama "Mi Jesucristo", "Mi Cristo", "Jesucristo carne amante".

"Pecho el de mi Cristo
más que los ocasos
más ensangrentado..."

Brazo de mi Cristo,
brazos extendidos
sin ningún rechazo:
desde que os he visto
existe mi brazo".

Ella misma, el niño, la madre y la maestra están contemplados a través de este prisma. E intuyendo su postrer momento eleva esta oración:

“Recíbeme, voy plena
tan plena voy como tierra inundada!
Por eso es que te pido
Cristo, al que no clamé de hambre angustiada,
ahora pára mis pulsos
y mis párpados baja”.

De este intenso sentimiento cristiano brotó esa página maravillosa titulada “El Beso”. La Mistral siente en el beso de Judas todo el horror de esa escena, porque el malvado da la prueba de amor como señal de su traición, rompiendo en mil pedazos la ilusión.

¿Por qué me besaste? La madre no querrá besar a su hijo, porque tú lo has hecho y todo lo que se besa por amor en la tierra, los follajes y los soles, rehusarán la caricia ensombrecida...

Y con un realismo duro y cruel, como sintiendo en sí propia la ofensa inferida al “doloroso sembrador de Israel”, que “vestía sayas pardas, no enojaba su mano —y era todo su espíritu un inmenso joyel”, prosigue:

“Y sobre la calavera de Judas los labios quedaron,
perduraron sin caer, entreabiertos, prolongando el beso...
la lluvia los empapó en vano para podrirlos. Besan
siguen besando aún bajo la tierra”.

Un día Gabriela Mistral nos habló de la muerte. Es la visión serena que conforta. Morir es vivir eternamente; morir es realizar plenamente las aspiraciones profundas del espíritu: felicidad y amor; morir es un grito de liberación y el gran hallazgo de Dios. “Sé que también amaré la muerte” se inicia con el análisis de las exigencias vitales en donde la poetisa entrevé nítidamente su destino divino:

“¿Para qué me habrías henchido —dice a Dios— si había
de ser vaciada y quedar como las cañas exprimidas?

La muerte no es para Gabriela Mistral la figura tétrica portadora de la guadaña ensangrentada que va por el mundo segando vidas, como la conciben ciertos espíritus enamorados de lo macabro.

Es una señal de amor.

“¡Es tu amor, es tu terrible amor, oh Dios!

Ella pidió un día llamar a la puerta de cada ser con suavidad

llevarle un don
mi corazón
¡y nevarle de lirios la heredad...!

Esa fue su misión ya que su arte puro y transparente con resonancias colectivas también como en “Lagar”, nevé de lirios muchas heredades marchitas y fue sembrando por este mundo tan cargado de odios, la semilla de su arte auténticamente cristiano y exquisitamente bello.

Ya no dirá como en su poema “La fuga”: “Vamos a un Dios que es de nosotros”. Ahora mejor que nunca podrá cantar con nuevos ritmos, con melodías más sublimes la sentida aspiración que nos entregó en “Poeta”:

Y me doy entero
al dueño divino
que me lleva como
un viento o un río,
y más que un abrazo
me llevará ceñido
en su carrera
en que nos decimos
nada más que: ¡Padre!
nada más que: ¡Hijo!